

CARTAS AL DIRECTOR Y CREACIONES LITERARIAS

¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?

Esteban Gómez Orenes

A veces quizá nos preguntemos si merece la pena conservar cierto culto al pasado en sus costumbres, leyendas, artesanía canciones y tradiciones en general. No corremos el peligro de quedar anclados en el ayer? Ciertamente que no. Porque este folclore más o menos rico, bello o ascentral, supone posiblemente gran parte de la crónica de los pueblos. Y a veces la base u origen de su cultura actual.

Ciñéndonos concretamente a la etnografía de nuestra tierra, resulta conveniente estudiar nuestro pasado con el mismo interés que nuestro futuro. Porque todos estos eslabones son la cadena que constituye nuestra historia Y parte de esta historia la vivieron nuestros padres y abuelos.

Pero no se trata de perpetuar ni de hacer resurgir ese ayer más o menos lejano, sino de estudiarlo y exponerlo para que no pase al olvido y comprender mejor su evolución hasta nuestros días.

De cada tiempo pasado siempre encontraremos algo que añorar y algo que es preferible olvidar, por lo que supuso de negativo. Lo que se añora no es para revitalizarlo todo, sino sólo aquello que ahora nos fuese útil placentero o bello. Son dignos de fomentar, con el consiguiente disfrute los bailes y canciones de entonces. También la artesanía y la gastronomía. Igualmente añoramos, sin posibilidad de recuperar: la palabra dada, con tanta fuerza como el documento; la vida sencilla, sin atosigamientos ni prisas;

el respeto a los mayores y la moral pública y privada.

De otra parte, no todo lo que pertenece al ayer fue mejor que lo de nuestro tiempo. Hay cosas que, de ninguna manera, deberían volver a suceder. La carencia de medios económicos tan abundante en la clase trabajadora, que hacía escasear lo que hoy consideramos imprescindible: la higiene, la alimentación o la educación. Aquellos tiempos en que ignorábamos lo que era una ducha o un bidé. Y en que, donde tenían agua corriente, solo había un grifo tras la puerta de la calle. Yo aún recuerdo cuando en la huerta se trabajaba de sol a sol, sin seguridad social ni vacaciones. Para después malcomer todos de la misma fuente una ensalada de tomate con poco más y una sardina salada. Cuando se calzaban alpargatas, porque los zapatos eran para los domingos. Aquellos tiempos en que, los que tenían electricidad sólo disfrutaban de una bombilla en el arco de la casa. Yo aún recuerdo cuando novieaba que me vigilaba la suegra sin pudor, como el ladrón que pretende llevarse algo. Los paseos cortos y las manos en los bolsillos. Cuando sólo se llamaba al médico en los casos de gravedad. Aún recuerdo cuando las embarazadas parían en la casa, con escasos medios de higiene y atendidas por una vecina "experta". Cuando estudiaba un solo hijo con el sacrificio de los demás. Y que les voy a decir del tiempo de ocio. Se llenaban las iglesias porque era gratis y no había otro sitio donde ir en

el pueblo. Y de paso les servía a las jóvenes para hacerse ver de algún mozo rondón.

El porcentaje de analfabetismo en las zonas rurales era altísimo y el vestido solía ser de confección casera. Los que no servían para el trabajo duro de la huerta, acababan ingresando en el seminario o se reenganchaban al ejército. La carrera de las jóvenes era el casamiento. Y las que no lo conseguían, siempre tenían tres salidas a escoger: o ponerse a servir, el hacer de chacha de todos sus sobrinos a perpetuidad o el ingresar de monja en un convento.

Pero, pese a todo esto, en algunas cosas aquel tiempo pasado sí fue mejor que el nuestro. No había más drogas que el vino tinto, el lechecanis y el tabaco negro. Ni ríos contaminados, pues bebíamos agua en los brazales. Ni tanto trasnochar la juventud fuera de casa. Ni alimentos adulterados con la química. Ni anorexia, ni contaminación atmosférica, ni terrorismo..

¿Creen ustedes que cualquier tiempo pasado fue mejor?. Depende en qué.

Desde luego, ni en lo de entonces ni en lo de ahora podemos generalizar. De aquel entonces siempre habrá algo para añorar y algo para olvidar. Los años y el progreso siempre han sido propicios a la mutación de usos y costumbres, de normas y de puntos de vista. Y ahora estos cambios se manifiestan con más rapidez que nunca. Una vez para mejorar, pero otras no.

Por mi edad, podría recordar muchas más cosas de aquella huerta que se fue y que la juventud de ahora

desconoce como desconozco otras muchas que contaban nuestros padres y abuelos. Mejores o peores, pero siempre es curioso y a veces aleccionador el escucharlas para saber valorar lo que hoy tenemos. Como en la Biblia, también es bueno que la transmisión oral de las distintas generaciones enriquezca el conocimiento de nuestros ancestros.

Todo cambia. Se ha pasado del arado al tractor y quizá dentro de unos años el tractor se habrá quedado obsoleto, pasando, como una pieza más, a engrosar el patrimonio del Museo de la Huerta.

Todo lo de ayer, bueno; malo, pasa a ser historia. Y la historia merece un respeto y un estudio lo más objetivo posible.



Y este es el reto de la Asociación de Amigos del Museo de la Huerta, que ya cuenta con más de mil socios, y de cuya actividad y buen hacer se ha dado cuenta en esta y en anteriores publicaciones de Cangilón.